

La rebelión de las Españas

FERNANDO ÓNEGA

LA VANGUARDIA, 16/05/2009

Uno de los gobernantes más populares salía de una entrevista en televisión. Seguramente harto de preguntas que le parecieron injustas o demagógicas, se le pudo oír, ya fuera de cámara: "Este país es ingobernable". La derrotista reflexión quizá sea compartida hoy por otros altos mandatarios, sólo con repasar lo ocurrido esta semana: los abucheos del graderío en la final de la Copa del Rey y el destino de las medidas que anunció el señor Zapatero. Los primeros ponen al descubierto los hilvanes con que está cogido el concepto de la nación. El segundo indica que hay que cambiar el chip, como ahora se dice, de las formas de gobernar. Al menos hasta las próximas elecciones, se acabó la autoridad natural del Ejecutivo central.

Supongo que nadie se sorprendió de los silbidos en Mestalla: estaban incitados, convocados y hasta anunciados en los periódicos. ¿Les damos trascendencia, o los archivamos como una anécdota pasajera? Tienen la importancia que tienen: la de ser una iniciativa contra el himno de España; la de ser la mayor acción de protesta que se hizo en presencia del Rey; la de constituir un antecedente para futuras concentraciones de masas; pero, sobre todo, la de mostrar la "España plural" en su dimensión más conflictiva.

Es injusto amargar la presencia del Rey. Pero hay que añadir inmediatamente que ese es el país que tenemos: un país que sigue sin identificarse en su totalidad con el concepto constitucional de nación y con brotes independentistas dispuestos a estallar. La protesta contra los

símbolos es su expresión patológica. Frente a ella no valen actitudes represivas como las que asomaron estos días. Sólo hay que saber que existe y que la idea de España dista mucho de estar rematada. Quizá se deba basar en la tensa coexistencia de quienes se emocionan con su himno, y quienes sacan el silbato contra él.

Un escalón más abajo, la política ordinaria, con una lección soberana: se ha terminado la hegemonía del Gobierno. Zapatero puede haber ganado el debate, según certificó ayer el CIS; pero nada más que eso. Ahora sus solemnes ideas están sometidas a una doble fantástica erosión. Por una parte, la falta de mayoría le impedirá mantener la supresión de las deducciones fiscales a la compra de vivienda como la planteó. Nada más natural cuando no se tiene mayoría, ni partidos para un pacto de legislatura. En soledad llegó al Congreso, y en la misma soledad se marchó. La oposición decide ahora si le humilla o sólo le obliga a rectificar.

Pero lo complejo está en las autonomías. Le están enseñando los dientes.

Estamos casi en la rebelión autonómica. Le cambiarán sus otros dos hermosos planes: ordenadores y automóvil. Otra vez la España plural. Y es que España ya no se puede gobernar como antes. Las razones son distintas en Catalunya o Galicia, pero la consecuencia es la misma: hasta la mejor idea tiene que consensuarse. Es la mayor limitación formal de la capacidad de gobierno que hemos visto en mucho tiempo. Gobernar España ya no es mandar. Es, humildemente, proponer.